

tas : *Luego al punto, si, luego al instante : déjame estar otro ratito.* Pero este luego no tenia término, y el déjame otro ratito iba muy largo.

En vano me deleitaba en vuestra ley con mi alma, que es el hombre interior ; porque otra ley que reside en los miembros corporales, repugnaba y contradecía á la ley de mi espíritu, y me llevaba cautivo á la del pecado, la cual estaba en los miembros de mi cuerpo. Porque ley es del pecado la fuerte violencia de una costumbre, que arrastra y sujeta al alma á pesar suyo, en justa pena de haber ella caido voluntariamente en aquella costumbre.

Pues hallándome en tan miserable estado, ¿quién me habia de librar del cuerpo de esta muerte, sino vuestra divina gracia por los méritos de Jesucristo Señor nuestro?

## CAPÍTULO VI.

*Cuéntale Ponticiano la vida de san Antonio abad.*

13. También quiero referir el modo con que me librásteis de aquel lazo estrechísimo

con que el deseo de mujer me tenia fuertemente atado, y de la servidumbre en que me tenian los cuidados y negocios seculares, para alabar por ello vuestro nombre, Dios y Señor mio, mi amparo y Redentor.

Vivia yo padeciendo siempre mayores congojas, y todos los dias suspiraba en vuestra presencia ; frecuentaba vuestra iglesia cuanto me lo permitian los negocios y ocupaciones que tenia sobre mí, y bajo de cuyo peso gemia.

Estaba conmigo Alipio, desocupado entonces, y sin tener que trabajar en su empleo y facultad de jurista, despues de haber sido tres veces asesor del magistrado ; y aguardando otros á quienes vender sus pareceres y consejos, así como yo vendia la elocuencia, si alguna se puede comunicar con enseñarla.

Nebridio no pudo negar á nuestra amistad el encargarse de sustituir la cátedra de gramática que tenia Verecundo, familiarísimo amigo nuestro, y ciudadano de Milan ; el cual deseaba mucho, y lo pedia encarecidamente por la ley de nuestra amistad, que alguno de nosotros le ayudase fielmente en

aquel ministerio, porque lo necesitaba en extremo. Nebridio, pues, aunque se encargó de esto, no fue movido de interés, ni por el deseo de mayores conveniencias; porque si él quisiera aprovecharse para eso de su literatura, las hubiera logrado mucho mas ventajosas; sino que por ser él un amigo dulcísimo y suavísimo, no quiso desatender nuestra súplica, sino condescender á nuestro ruego por este acto de su benevolencia. Se portaba Nebridio en aquel cargo con gran prudencia y cautela, precaviéndose de ser conocido de los grandes y poderosos del mundo, y evitando todo lo que por causa de ellos pudiera inquietar á su espíritu, al cual queria tener libre y desembarazado de otros asuntos, para emplearle cuantas mas horas pudiese en inquirir, en leer, ó en oír alguna cosa perteneciente á la sabiduría.

14. Un dia, pues, estando ausente Nebridio (no me acuerdo por qué causa) vino á nuestra casa, donde estábamos Alipio y yo, un paisano nuestro, porque era natural de África, llamado Ponticiano, sujeto principal y distinguido en palacio; y no sé por cierto qué era lo que nos queria. Sentámonos para

hablar; y sobre una mesa de juego que habia delante de nosotros, habia por casualidad un libro. Vióle Ponticiano, le tomó, le abrió, y halló que eran las cartas de san Pablo; lo que le sorprendió mucho, porque él juzgó que seria alguno de los libros de retórica, cuya profesion me agobiaba y consumia. Entonces él se sonrió hácia mí, mirándome como quien se complacia, y me daba la enhorabuena; pero extrañando y admirándose de que cogiéndome desprevenido, hubiese encontrado delante de mí aquel libro; y ese único y solo, pues él era fiel cristiano, y muy á menudo acudia á vuestra iglesia, Dios mio, donde postrado ante vuestra divina Majestad, os hacia frecuentes y largas oraciones. Así fue que habiéndole yo dicho que aquellas escrituras me ocupaban con preferencia á todo otro cuidado, comenzó á hablarnos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era famoso y celebrado entre vuestros siervos, aunque hasta entonces habia sido ignorado de nosotros. Viendo él que esta especie nos era tan nueva, se detuvo y entendió mas en la plática, para hacernos conocer tan grande hombre, de quien estába-

mos enteramente ignorantes, admirándose él de esta ignorancia nuestra. Nosotros nos espantábamos oyendo la relacion de tantas y tan estupendas maravillas, como acabábais de obrar en el gremio de los que profesan la verdadera fe, y dentro de la católica Iglesia; las cuales además de ser muy probadas y ciertísimas, estaban tan recientes, que habian sucedido casi en nuestros dias. Por eso nos admirábamos á un tiempo nosotros y Ponticiano: nosotros, por ser aquellas cosas tan grandes y extraordinarias; y él, porque eran para nosotros tan nuevas é inauditas.

15. De aquí vino á parar su conversacion en tratar de los muchos monjes congregados en los monasterios, de las costumbres y método de vida que observan los que siguen mas de cerca vuestra divina ley; y finalmente de los muchos penitentes, virtuosos y santos varones, que poblaron las soledades del yermo; de todo lo cual no sabíamos nosotros cosa alguna. Y no solo esto, sino que en la misma Milan, fuera de los muros de la ciudad, habia un monasterio lleno de buenos y virtuosos frailes<sup>2</sup>, de cuya direccion y sustento cuidaba el obispo Ambrosio;

y tampoco lo habíamos sabido. Proseguia Ponticiano hablando aun del mismo asunto, y nosotros le oíamos con atencion y silencio, contándonos entre otras cosas, que hallándose una vez en la ciudad de Tréveris, mientras que el emperador asistia al espectáculo de los juegos circenses, que se tenian despues del mediodía, se habia salido con otros tres amigos y compañeros suyos á pasear por unas huertas que estaban contiguas á los muros de la ciudad, y que estando en ellas, se pusieron á pasear de dos en dos, segun los combinó entre sí la casualidad. Ponticiano con uno de ellos echó por una parte, y los otros dos echaron por otra, y se fueron alejando los unos de los otros. Los primeros siguiendo su paseo sin rumbo ni camino determinado, vinieron á parar en una pobre casilla en que habitaban algunos de vuestros siervos que *profesan la pobreza de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos*, y allí encontraron un libro en que estaba escrita la vida del santo abad Antonio. Comenzó á leerla el uno de ellos, y comenzó tambien á admirarse, y á encenderse en devocion: al mismo tiempo que leia, iba pen-

sando en abrazar aquel género de vida, para emplear la suya en serviros á Vos únicamente; dejando todos los empleos y ocupaciones del siglo, donde eran aquellos dos compañeros agentes<sup>3</sup> de negocios. Y repentinamente lleno de un amor santo y religioso pudor, enojándose contra sí mismo volvió los ojos para mirar al otro amigo suyo, hablándole de este modo: «Ruégote, hombre, que me digas ¿á dónde aspiramos y pretendemos llegar nosotros con todas nuestras fatigas y trabajos? ¿qué es lo que buscamos? ¿cuál es el fin con que seguimos la corte? ¿podrá nuestra esperanza prometerse mayor fortuna en palacio, que llegar á ser amigos del emperador? ¿y qué hay en ese punto que no sea frágil, de corta duracion y lleno de peligros? ¿y por cuántos peligros hay que pasar precisamente para llegar á ese peligro mas grande? ¿y cuánto tiempo fuera necesario para conseguir eso, siendo así que si quiero ser amigo de Dios, en este mismo instante lo puedo ser?»

Dichas estas palabras, y como atribulado con el proyecto que habia concebido de mudar de vida, volvió los ojos al libro, y con-

forme iba leyendo, se iba mudando en su interior, á donde solamente vuestros ojos podian penetrar, y su alma se iba desnudando de los afectos del mundo, como se mostró despues. Porque mientras leyó y se agitó su corazon con las olas de varios afectos y pensamientos, dió algunos grandes sollozos y suspiros, y conoció claramente lo que le estaba mejor; y determinó seguirlo; y hecho ya amigo vuestro habló de esta suerte al otro amigo suyo: «Yo estoy ya enteramente separado de todo lo que hasta ahora fue el objeto de nuestras esperanzas; estoy resuelto á servir á Dios, y quiero comenzar desde este punto, y en este mismo sitio. Si tú no te hallas en estado de seguir mi ejemplo, no quieras oponerte á mi designio.» El otro le respondió, que queria serle compañero en tan digna servidumbre, y en recibir el gran premio que le corresponde. Así quedándose entrambos á ser vuestros siervos, comenzaron á *edificar la torre de perfeccion evangelica con el caudal que tenian proporcionado para la obra*, y consistia en dejar todas las cosas del mundo, y seguiros á Vos.

Mientras tanto Ponticiano y su compañe-

ro, que se paseaban por otras partes de la huerta, despues de haberlos andado buscando algun tiempo, llegaron á aquella misma casilla; y habiéndolos hallado, les dijeron que ya era hora de volverse, porque se iba acabando la tarde. Pero ellos, despues de referirles la determinacion y propósito que tenían, y el modo con que habia comenzado aquella voluntad, y llegado á ser firme resolución; les suplicaron, que si no querian quedarse á acompañarlos, no les molestasen tirando á disuadirlos. Mas estotros, no moviéndose con nada de esto á mudar su método antiguo, se lloraron á sí mismos por verse tan poco fervorosos, como Ponticiano referia; y despues de darles piadosas enhorabuenas por su determinacion, y encomendarse á sus oraciones, llevando el corazon inclinado á lo terreno, se volvieron á palacio; quedándose los otros dos en la casilla con sus corazones fijados en el cielo.

Y es de notar, que estos dos estaban ya desposados; y luego que sus esposas supieron aquella determinacion de los que habian de ser sus maridos, imitaron su ejemplo, y consagraron á Vos, Dios mio, su virginidad.

NOTAS.

<sup>1</sup> Diciendo san Agustin, que Ponticiano *præclarè in palatio militabat*, da á entender, que tenia uno de los empleos mas honoríficos de palacio. Porque primeramente se ha de suponer, que entre los romanos todo oficio y servicio público se llamaba entonces *militia*, y el ejercerle *militare*; y que solamente habia tres géneros de servir ó militar de este modo: el primero y mas honroso era el militar ó servir en palacio, y se llamaba *militia Palatina*; el segundo era el militar y servir en todo lo concerniente á la guerra, y se llamaba *militia castrensium sive armata*; y el tercer género venia á ser el seguir la carrera de las letras, como leyes, artes, etc., y se llamaba *militia cohortalis sive togata*, á cuya clase pertenecian los jueces, prefectos, presidentes, abogados, curiales y otros semejantes, como dicen Gotofredo y Valesio, citados de Selvagio, en las Antigüedades cristianas, lib. 1, p. 2, c. 4, § III, n. 10. De donde infero, que Ponticiano, que seguia la *militia* ó *servidumbre palatina*, era uno de los sujetos mas visibles y condecorados de palacio.

<sup>2</sup> En este monasterio fue donde Joviniano y otros compañeros de su impiedad estuvieron algun tiempo, disimulando con el nombre católico su maldad, y cubriendo con el hábito de frailes sus perversas intenciones. Pero á poco tiempo, como dice Baronio, los arrojó de sí aquella santa casa, como el mar arroja los cadáveres á la orilla. Baron A. C. 382. Tambien allí profesaron la vida monástica Sarma-

ciano y Barbacion, que dieron mucho que sentir al gran Padre san Ambrosio y al prelado de dicho monasterio, por la vida desreglada que tenian y la mala doctrina que enseñaban.

\* Agentes de los negocios del emperador. No se ha de entender que fuesen semejantes á los que ahora llamamos agentes de negocios; porque estos solo tienen los poderes y hacen las veces de toda clase de personas particulares; pero el empleo de aquellos consistia en llevar ellos mismos las órdenes del emperador, y hacerlas obedecer y ejecutar.

Habia cinco clases de estos agentes: *ducenarios*, *centenarios*, *biarcos*, *circitores* y *caballeros*. Véase al citado Gotofredo sobre el Cod. Theod. titul. 1, p. 164, etc.

## CAPÍTULO VII.

*Como interiormente se deshacia Agustín, al oír esta relacion de Ponticiano.*

16. Todo esto nos contaba Ponticiano, y mientras él lo estaba refiriendo, Vos, Señor, me obligábais á que volviese en mí y me considerase; haciendo que todo el feo semblante de mi mala vida que yo habia echado á las espaldas por no verme, se me pusiese delante de mí, para que viese cuán feo era, cuán descompuesto y súcio, manchado y lle-

no de llagas. Yo me veia y me horrorizaba, y no tenia á dónde huir de mí mismo. Si procuraba apartar de mí la vista, prosiguiendo Ponticiano su relacion, volvíais á ponerme enfrente de mí, y hacíais que me viese y me mirase á mí mismo, para que claramente conociese mi maldad y la aborreciese. Bien la conocia yo; pero disimulaba: pasaba por ella, y la olvidaba.

17. Sin embargo en aquella ocasion, cuanto mas me encendia en amor de aquellos de quienes oia tan santos y saludables ejemplos, porque enteramente se habian entregado á Vos para que los sanárais, tanto mas me abominaba y aborrecia á mí mismo, comparándome con ellos. Porque ya habian pasado muchos años (creo que eran doce) desde que á los diez y nueve de mi edad, habiendo leído el Hortensio de Ciceron, me sentí excitado al amor y deseo de la verdadera sabiduria; pero desde entonces habia ido dilatando el dedicarme á investigarla, mediante el desprecio de toda felicidad terrena; siendo así que aquella sabiduria es tan grande, que no solamente su adquisicion, sino tambien su inquisicion se debe antepo-

ner á la posesion de los tesoros y reinos del mundo, y á toda especie de deleites que voluntaria y abundantemente pueda gozar el cuerpo. Mas yo infeliz jóven, y en sumo grado infeliz, desde el principio mismo de mi juventud os habia pedido castidad, diciendo: *Dadme, Señor, castidad y continencia, pero no ahora.* Porque yo temia que despacháseis luego al punto mi peticion, y luego al punto me sanáseis de la enfermedad de mi concupiscencia; la cual mas queria verla saciada que extinguida. Y además de eso, habia yo seguido las torcidas sendas de una religion y doctrina supersticiosa y sacrilega; no de suerte que asintiese á ella con certidumbre, sino prefiriéndola á las demás doctrinas ciertas, las cuales en vez de investigarlas con piedad, las impugnaba con ojeriza y encono.

18. Tambien antes me habia parecido, que el motivo que me hacia diferir de dia en dia el seguiros á Vos únicamente, despreciando la esperanza del siglo, era porque no se me descubria alguna cosa cierta hácia donde pudiese yo enderezar los pasos de mi vida. Pero al fin llegó el dia en que mi cora-

zon se me manifestase desnudo y sin rebozo, y mi conciencia me reprendiese, diciendo: *¿Qué respondes ahora? Tú decias, que por no tener certeza de la verdad, rehusabas arrojar de ti la pesada carga de la vanidad. Ya al presente conoces la verdad, y todavia la vanidad te oprime: cuando otros que ni se han consumido como tú inquiriendo la verdad, ni han gastado diez años y mas en reflexiones y disgustos para hallarla; en lugar de sentir peso en sus hombros, han cobrado alas con que volar en su seguimiento.* De este modo me consumia interiormente, y se cubria mi alma de una vehemente y horrible confusion y vergüenza, mientras que Ponticiano referia aquellas cosas.

Pero acabada la plática, y concluido el negocio á que venia, se volvió á marchar. Y yo vuelto á mí entonces, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué aspereza de sentenciosas palabras no castigué y estimulé á mi alma, para que ella ayudase los esfuerzos que yo hacia para irme tras de Vos? Ella lo rehusaba y resistia, pero no se excusaba. Todos los argumentos y pretextos que hasta entonces habia alegado, estaban ya confuta-

dos y deshechos; y le habia quedado solamente un temor mudo que no explicaba, y consistia en que temia, como el morir, el apartarse de la corriente de su costumbre, que la consumia y llevaba á la perdicion eterna.

### CAPÍTULO VIII.

*Como Agustin se retiró á un huerto de su casa, y lo que en él le sucedió.*

19. Entonces en medio de aquella gran contienda que en lo mas íntimo de mi corazon habia yo excitado y sostenido fuertemente con mi alma, lleno de turbacion así en el ánimo como en el rostro, me volví hácia Alipio atropelladamente, y exclamé diciendo: *¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? ¿qué es esto que has oido? Levántanse de la tierra los indoctos, y se apoderan del cielo; ¿y nosotros con todas nuestras doctrinas sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirlos, porque ellos van delante de nosotros? ¿y no tendremos vergüenza siquiera de no seguirlos?*

Dije no sé qué otras cosas á este modo, y arrebatado del ímpetu de mi interior congoja me aparté de Alipio, que sin hablarme palabra atónito y espantado me miraba, ya porque no hablaba yo las cosas que solia, ya porque echaba él de ver que con mi semblante, con las mejillas, con los ojos, con el color, con el tono de la voz explicaba yo mas bien el estado de mi alma que con las palabras y sentencias que decia.

Habia un pequeño huerto en la posada donde estábamos, del cual como tambien de toda la casa usábamos libremente, porque nuestro huésped y dueño no habitaba en ella. Á este huerto me condujo el desasosiego de mi corazon, para que nadie impidiese la encendida guerra que contra mí mismo habia yo comenzado, hasta que se acabase del modo que solo Vos sabiais; pues yo mismo lo ignoraba, y no hacia mas que enloquecerme con una locura que me era saludable, y padecer las ansias de una muerte que me daba la vida, conociendo solamente lo que en mí habia de malo, é ignorando lo que de allí á poco habia de tener de bueno.

Retíreme, pues, al huerto, siguiéndome

Alipio sin apartarse de mí un paso, porque aunque él estuviese conmigo, no me estorbaba para estar solo. ¿Y cómo habia de dejarme, viéndome en aquel estado? Sentámonos lo mas léjos que pudimos de la casa, y allí bramaba yo enfurecido é irritado contra mí mismo, reprendiéndome con un enojo inquietísimo el que retardase el ir á abrazarme con Vos, Dios mio, cumpliendo vuestra voluntad y ley, como todos mis sentidos interiores y exteriores, todas mis facultades y potencias me persuadian y clamaban que debia ejecutarlo, elevando hasta el cielo con los mayores elogios esta noble empresa; siendo así que el ir á Vos no habia de ser con naves ni carrozas, ni siquiera habia que andar tan pocos pasos como los que habíamos dado desde la casa hasta el paraje en que estábamos. Porque no solo para ir caminando hacia Vos, sino tambien para llegar á Vos, bastaba solamente el querer ir, siendo un querer perfecto y eficaz, y no una voluntad mudable y achacosa, que de una parte á otra anda variando agitada y sin firmeza, cuya parte inferior y superior están desavenidas y luchando una con otra.

20. Finalmente, entre las ansias que padecí en aquel tiempo que tardé en resolverme, ejecuté con los miembros de mi cuerpo muchas y varias acciones, que algunas veces quieren los hombres ejecutarlas y no pueden, ó porque les faltan aquellos miembros, ó porque los tienen aprisionados, ó sin bastantes fuerzas por alguna enfermedad, ó por tenerlos de cualquier modo impedidos. De modo, que si en aquel lance me arranqué <sup>1</sup> los cabellos, si me herí la frente, si con las manos cruzadas me apreté las rodillas, fueron acciones que las hice por querer yo hacerlas; y pudo haber sucedido que quisiese ejecutarlas, y no las ejecutase, porque los brazos y manos con que las habia de ejecutar no me obedeciesen. Hice, pues, entonces muchísimas acciones, no obstante que no era lo mismo el querer, que el poder hacerlas; y no hacia lo que me agradaba mucho mas que todo aquello sin comparacion alguna; siendo así que luego que hubiera querido, hubiera podido tambien ejecutarlo, porque era imposible que no quisiese lo que efectivamente queria: y respecto de los actos de la voluntad lo mismo es el querer que el poder, pues

aun el mismo acto de querer ya es hacer y ejecutar ; con todo eso no se hacia en aquella ocasion lo mismo que queria mi voluntad.

De modo que mas fácilmente obedecia el cuerpo á la mas leve insinuacion del alma, moviéndose todo él luego al punto á su mandato, sin resistencia ni dilacion alguna, que ella propia se obedecia á sí misma en cumplir aquella grande é importante voluntad, que solamente con su voluntad misma habia de cumplirse y perfeccionarse.

NOTA.

<sup>1</sup> Es menester inferir de este pasaje, que la turbacion y afliccion en que se hallaba su alma en aquella lucha que tuvo consigo mismo en el huerto, le obligaba á hacer todas estas acciones que aquí dice, y otras semejantes.

CAPÍTULO IX.

*En qué consiste que mandando el alma en sí misma no se hace algunas veces lo que manda.*

21. ¿De dónde nace este monstruoso desorden? ¿ó qué causa y razon puede haber

para esto? Resplandezca sobre mí, Señor, vuestra misericordia, comunicándome algun rayo de luz con que se disminuyan las tinieblas oscurísimas de la ignorancia, que es una de las penas y miserias de los hijos de Adán : á ver si pueden responderme á lo que he preguntado.

¿De dónde nace este monstruoso desorden? y ¿cuál es la causa ó principio de que sucede una cosa tan extraña? Manda el alma al cuerpo, y al instante es obedecida ; mándase el alma á sí misma, y halla resistencia. Manda el alma que la mano se mueva, y con tanta facilidad es obedecida, que apenas se puede notar la diferencia que hay entre el mandamiento de la una y la ejecucion de la otra ; siendo así que el alma que manda es espíritu, y la mano que obedece es cuerpo. Manda el alma á sí misma que quiera alguna cosa, y no obstante que no hay distincion entre quien lo manda y quien lo ha de ejecutar y obedecer, no se hace ni ejecuta lo que ella manda.

Pues ¿de qué proviene este desorden monstruoso? ó ¿cómo sucede esto? Manda el alma,

repite, que ella misma quiera esto ó aquello, y no lo mandaria si no lo quisiera : con todo eso no se hace lo que manda. Pero el caso es que eso mismo que ella quiere, no acaba de quererlo entera y perfectamente, con qué tampoco entera y perfectamente lo manda. Porque en tanto lo manda, en cuanto lo quiere, y en tanto deja de hacerse lo que manda en cuanto ella no lo quiere. La voluntad es la que manda que haya voluntad de aquello que manda; y no que haya otra voluntad que sea distinta de ella, sino ella misma. Con qué se conoce claramente, que la voluntad que manda asi, no es completa ni cabal : por eso no se hace lo que manda. Porque si fuera la voluntad entera y perfecta, no tendria que mandar querer, porque esta voluntad actual ó este querer ya estaria hecho, ya le habria.

Con qué no es monstruosidad querer en parte y en parte no querer ; sino que esta es flaqueza y debilidad del alma, que por estar sobrecargada de su costumbre antigua no acaba de levantarse hácia donde la guia y eleva la verdad ; así tiene como dos volunta-

des, porque ninguna de ellas es total y perfecta ; de modo que el ser que tiene la una, es precisamente el ser que falta á la otra.

## CAPÍTULO X.

*Contra los Maniqueos, que por experimentar en un sujeto á un tiempo mismo dos voluntades opuestas, inferian que habia en el hombre dos naturalezas contrarias.*

22. Perezcan, Dios mio, á vuestra presencia, como inventores de fábulas, y engañadores de las almas, los que viendo en sí dos voluntades opuestas en sus determinaciones, afirman que hay dos naturalezas de almas, la una buena y la otra mala. Ellos sí que son los malos, cuando afirman y establecen tan malas doctrinas ; pero ellos mismos serian buenos, si dieran asenso á la doctrina verdadera y la creyesen, para que entonces les dijera vuestro Apóstol : *Por algun tiempo habeis sido tinieblas, pero ya al presente sois luz en el Señor.* Mas estos hombres por la locura de querer ser luz en sí mismos y no en el Señor, é imaginar y juzgar que la sustan-

cia y el ser del alma es el mismo que el de Dios, han venido á convertirse en tinieblas mucho mas oscuras y espesas; porque su arrogancia y presunción los apartó mucho mas de Vos, Dios mio, *que sois la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.*

Atended, hombres, reflexionad bien lo que decís, y avergonzaos de semejantes delirios; no dilateis el *acercaros al Señor, y os alumbrará su luz, y así os libraréis del rubor y confusión eterna que os amenaza.*

Cuando yo trataba de resolverme á servir á mi Dios y Señor, como mucho tiempo habia pensado, yo era el que queria, y yo era el que no queria: yo mismo, yo mismo era; pero ni del todo queria, ni del todo no queria; así peleaba contra mí mismo, y á mí mismo me deshacia y destruía. Bien ciertos es, que esta disposicion y destruccion se hacia contra mi voluntad; pero esto no prueba que habia en mí otra naturaleza de alma enemiga, sino que muestra claramente, que aquella division era pena y castigo que mi alma padecia. Así no era yo el que causaba aquella destruccion y pena mia, sino *el pecado que*

*habitaba en mí, para castigo de otro pecado cometido mas libremente, del que yo participaba por ser hijo de Adan.*

23. Porque si-hubiera en nosotros tantas naturalezas contrarias, como hay voluntades opuestas, ya no serian precisamente dos las naturalezas, sino muchas mas. Supongamos que estuviese uno dudando si asistiria á una junta que tenian los Maniqueos, ó si iria al teatro; en cuyo lance clamarian ellos diciendo: Ved ahí claramente dos naturalezas contrarias: la una buena, que lleva al hombre á lo bueno; y la otra mala, que le lleva á lo malo. Porque sino, ¿de dónde puede nacer esta detencion del hombre para escoger entre estas dos voluntades contrarias? Pero yo respondo que son malas entrambas voluntades, ya sea la que guiara á sus juntas y conciliábulos, ya sea la que llevara al teatro; aunque ellos están persuadidos á que no puede dejar de ser buena la voluntad que nos lleva y guia hácia ellos.

Mas ¿qué dirán si ponemos el ejemplo en un católico que estuviese perplejo, porque sentia en sí dos voluntades que altercaban una con otra, haciéndole dudar si iria al tea-

tro, ó si iria á nuestra iglesia? ¿No se hallarian tambien ellos perplejos, dudando lo que habian de responder? Porque ó habian de verse precisados á confesar lo que ellos no quieren, esto es, que es buena la voluntad de ir á nuestra iglesia, como van los que profesan nuestra Religion y han recibido sus Sacramentos; ó que en un solo hombre hay dos naturalezas malas, y dos malas voluntades que pelean entre sí: por tanto no será verdad lo que continuamente están ellos diciendo, esto es, que no hay mas que dos naturalezas, la una buena y la otra mala; ó tendrán que rendirse á la fuerza del argumento, confesando que cuando el hombre se halla en ese estado de dudas, una sola alma es la que se ve combatida de dos voluntades contrarias.

24. Pues no tienen ya que decirnos, cuando experimentan en un mismo hombre dos voluntades opuestas una á otra, que hay en él dos almas contrarias entre sí, la una buena y la otra mala; y que como dimanadas aquellas de dos sustancias y principios contrarios, están luchando una con otra. Porque Vos, Dios mio, que sois la suma verdad, los reprobais, redarguís y convenceis con el ejem-

plo de dos voluntades opuestas, que una y otra sean malas, como cuando uno está dudando si dará la muerte á otro con un veneno ó con un puñal; si entrará á destruir esta heredad ajena ó la otra de mas allá, suponiendo que no puede destruir entrambas; si gastará el dinero en lujuria ó si le guardará con avaricia; si irá al circo ó si irá al teatro, cuando entrambas fiestas se dan en un mismo dia al pueblo. Añado que se le proponga á su voluntad otro tercer objeto, que le haga dudar si irá á la casa ajena á cometer un hurto, teniendo ocasion oportuna para ello: añádase tambien otra cuarta voluntad que puede tener el hombre dudando si irá á cometer un adulterio, suponiendo que tiene proporcion para todas estas cosas, que concurrán todas al mismo tiempo, y que él las desee todas igualmente; sin que todas á un tiempo puedan ejecutarse. Vé aquí cuatro voluntades incompatibles entre sí y contrarias unas de otras, que dividen ó despedazan el alma en otras tantas partes, ó tambien en muchas mas, segun el número y multitud de cosas que se apetezcan al mismo tiempo; y con todo eso no suelen admitir ellos en un

mismo hombre tan grande multitud de sustancias diversas ó naturalezas distintas.

Es preciso confesar lo mismo, poniendo el ejemplo en varias voluntades de objetos buenos. Porque si yo les pregunto, si es bueno divertirse un hombre en leer el Apóstol; si será bueno entretenerse en cantar con devoción algun salmo; y finalmente, si será bueno tambien conferenciar y tratar de las verdades del Evangelio; me responderán, que es bueno emplearse en cualquiera de estas cosas. Pues si todas estas cosas se propusiesen á un tiempo, é igualmente se aficionase la voluntad á todas ellas; ¿no es cierto que son otras tantas voluntades, que tendrán como partido el corazon del hombre todo aquel tiempo que tardare en determinar lo que ha de escoger y seguir? Con qué todas estas voluntades son buenas; y no obstante pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una cosa sola, á la cual se determine toda la voluntad, hecha ya una, la que antes estaba dividida en muchas.

Lo mismo sucede, cuando por una parte el deseo de los bienes eternos eleva nuestro corazon hácia el cielo, y por otra el deleite

de los bienes temporales le abate hácia la tierra; porque entonces el alma que quiere lo uno y lo otro es una misma, pero ni lo uno ni lo otro lo quiere con toda su voluntad: por eso se siente despedazar cruelmente, ya por la verdad que la incita á que anteponga aquello primero, ya por la costumbre que le impide que deponga lo segundo.

## CAPÍTULO XI.

*Lucha que experimentaba Agustín entre el cuerpo y el espíritu.*

25. De este modo me veia enfermo y atormentado, reprendiéndome á mí mismo con mucha mayor aspereza que la acostumbrada y dando vueltas y mas vueltas en los mismos lazos que me oprimian, hasta que se acabase de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era ya muy poco, pero no obstante me tenia aun preso. Y Vos, Señor, usando conmigo de una severidad llena de misericordia, allá en lo interior de mi alma me estimulábais para que me diese prisa, redoblándome los azotes que padecia del temor